

## TEMA VII. DECADENCIA POLÍTICA DE LA HÉLADE

Durante el siglo IV a.C. las poleis mantuvieron la política interna que habían seguido durante el siglo anterior, aunque habría que destacar, en aquellas que se vieron libres del sometimiento a Esparta, Atenas o Tebas, el intento de instaurar o reforzar su régimen democrático, en ocasiones con gran derramamiento de sangre<sup>1</sup>. Apenas modificaron sus órganos democráticos –el Consejo, la Asamblea, los tribunales populares y las magistraturas tradicionales–, tanto en el ámbito civil como en el religioso y en el militar<sup>2</sup>. Las poleis oligárquicas continuaron creyendo en “el imperio de la ley”, pero sin dejar margen a la tiranía: aunque una sola persona pudiera dirigir el gobierno, ni le correspondía la elaboración de la ley, ni podía ignorarla en su actuación. Sin embargo, la política “internacional” de esta época sí sufrió acusadas variaciones: los griegos perdieron su influencia sobre el Mediterráneo.

### 1. El fin de la hegemonía griega

Los inicios del siglo IV a.C. estuvieron caracterizados por una continua tensión entre las distintas poleis griegas y una relativa paz con los persas, ocupados con sus problemas internos. Efectivamente, el imperio persa había entrado en ebullición y se sucedieron los levantamientos de los distintos sátrapas por todo el territorio. Los conflictos fueron sofocados satisfactoriamente por las fuerzas leales de ARTAJERJES, nuevo *Rey de reyes*, a excepción de Egipto, que recuperó su independencia en 404.

En el continente griego dominaba Esparta y, aunque no se notara abiertamente en la vida política ateniense –que había restaurado la democracia–, perduró con claridad durante más de treinta años. LISANDRO, artífice de la derrota naval ateniense, afianzó la superioridad marítima de Esparta sobre todo el mediterráneo oriental, y aprovechó sus victorias para hacerse venerar en Samos como descendiente de reyes y dioses<sup>3</sup>. Consiguió deshacer el imperio ateniense para crear el espartano, que impuso unas condiciones a los sometidos más duras que las exigidas por Atenas. El descontento general dio origen a una nueva alianza antiespartana, en la que aunarían sus fuerzas Atenas, Corinto, Tebas y Argos, enemigas entre sí hasta pocos años antes. No fueron solamente motivos territoriales o de reconocimiento entre las poleis griegas los que dieron lugar a este acercamiento entre ellas; también fue decisivo el interés del rey persa

<sup>1</sup> En el año 392 a.C. Corinto ejecutó a un número elevadísimo de oligarcas, violando incluso los lugares sagrados donde se habían refugiado; años más tarde, en el 371, sería Argos la que se dio un baño de sangre ejecutando primero a los oligarcas y, a continuación, a los demagogos (populares) que intentaron frenar los asesinatos. Sucesos similares ocurrieron en Sición, Fliunte, Pelene, Élide, etc.

<sup>2</sup> S.B. Pomeroy describe la democracia ateniense de la época, modelo para las demás poleis: “creían en una democracia de ciudadanos varones que requería la participación activa de éstos, garantizada por la frecuente rotación de los cargos, y creían que el hombre corriente estaba capacitado para tomar decisiones políticas, como lo demuestra el recurso al sorteo y la toma de decisiones importantes en la asamblea por mayoría de votos. Creían en los juicios presididos por un jurado, y temían la corrupción que conllevaban las minorías más que la psicología de masas que amenaza a las mayorías. Creían que el pueblo tenía derecho a exigir a sus magistrados que rindieran cuentas de sus actos con regularidad y con el más mínimo pretexto”. S.B. Pomeroy, op. cit., p. 382.

<sup>3</sup> Lisandro alcanzó tal renombre entre los suyos que llegó a poner en peligro el peculiar sistema político de Esparta, ajeno a los reconocimientos exclusivamente personales. Así lo puso de manifiesto Plutarco en sus *Instituciones lacónicas* al acusar a Lisandro de desestabilizar la ciudad cuando introdujo el oro procedente de Atenas –causa de discordias y desigualdades– y aceptar los honores de forma individual, con la consiguiente ruptura de la solidaridad entre los “iguales”. Cfr. D. Plácido, *Grecia clásica*, cit, p. 400.

en que los espartanos abandonaran la costa asiática y sus dominios, y por ello envió gran cantidad de oro para apoyar la alianza contra Esparta. En el 395 a.C. comenzaron las contiendas en territorios de Corinto y en el año 394 moría LISANDRO en combate. Su sucesor, AGESILAO, que ya había comenzado una campaña con miles de mercenarios por territorios persas, fue reclamado para sustituir al general fallecido; al regresar quedó bloqueado dentro del Peloponeso, pero consiguió recuperar el dominio sobre Corinto y Mantinea<sup>4</sup>. Las ciudades griegas de la costa asiática que contaban con gobernadores espartanos aprovecharon la contienda para librarse de éstos y pidieron protección a Persia. Deseosos todos de alcanzar la paz, se admitió una propuesta persa en el 386 conocida como la *Paz del Rey*, también llamada *Paz de Antálcidas* (nombre del embajador espartano que lo había intentado anteriormente); en ella se acordaba la autonomía de todas las ciudades griegas y la superioridad del reino persa<sup>5</sup>.

Las hostilidades y los recelos hacia Esparta –muy confiada en sí misma– continuaron durante los años posteriores. En el año 382 a.C. caía la ciudad de Tebas en su poder; al ser abandonada por los soldados durante una celebración de culto a los dioses, la guarnición espartana se hizo con la acrópolis de la Cadmea y entregaron el poder de la ciudad a la facción proespartana. Este dominio se prolongó hasta el año 379 a.C., en que fueron derrotados –durante un banquete oficial<sup>6</sup>– por el pueblo tebano con la ayuda de generales atenienses y tropas voluntarias. Aunque Atenas tuvo que mostrar un cierto distanciamiento oficial, un año más tarde sellaba con los tebanos una alianza para terminar con la hegemonía espartana, originándose la Segunda Confederación Ateniense<sup>7</sup>. Durante los años siguientes se sucedieron los conflictos entre unos y otros, pero todos de escasa importancia<sup>8</sup>. Sin embargo, Tebas fue sometiendo una tras otra a todas las ciudades beocias, mientras que Atenas se resistía a intervenir para no poner en peligro la alianza; sólo ISÓCRATES, que se había destacado por su pacifismo entre los griegos, reclamó públicamente la intervención de los atenienses contra los tebanos por entender que ponían en peligro la *Paz del Rey*. También el rey espartano AGESILAO consideraba la ocupación tebana de las ciudades beocias como una violación de la *Paz del Rey*, pero no se atrevió a iniciar un ataque militar. Años más tarde lo haría su conciudadano CLEÓMBROTO, pero el ejército tebano –dirigido por PELÓPIDAS y EPAMINONDAS– consiguió infligirle una derrota de tal envergadura que supuso el ocaso para Esparta y el predominio tebano<sup>9</sup>. Tebas, ignorando sus compromisos con la

<sup>4</sup> Cfr. D. Plácido, *Grecia clásica*, cit., pp. 402-405. Agesilao, hermano y sucesor del rey Agis, soñaba con el panhelismo. Desde un principio orientó su política externa hacia la unión de todos los griegos –aunque fuera por la vía del sometimiento– y la expulsión de los persas de la costa asiática.

<sup>5</sup> Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 362-364. Esta paz supone la supremacía del reino persa sobre toda Asia, al tiempo que consagra el reconocimiento del imperio espartano, más limitado que el anterior a la guerra de Corinto, pero más sólido por tener el reconocimiento del rey persa.

<sup>6</sup> Los hoplitas espartanos habían tomado posesión de la ciudadela que servía de protección a Tebas y ayudaron a un grupo de oligarcas tebanos –próximos a la política de Esparta– para hacerse con el poder. En el 379, siete tebanos disfrazados de mujeres veladas ocultaron las armas bajo los vestidos y cuando el exceso de alcohol hizo efecto en la cena de los jefes tebanos y espartanos, los asesinaron; el comandante no tuvo más remedio que aceptar la retirada. Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 364-365.

<sup>7</sup> La Segunda Confederación (o Segunda Liga de Delos) nació bajo la sospecha de constituir un nuevo intento ateniense por recuperar el imperio. Esto hizo que, aunque Atenas gozara de ciertos privilegios en la toma de decisiones, no se establecieran cauces coactivos para exigir la ayuda militar en caso de conflicto ni la contribución económica a los gastos de la alianza.

<sup>8</sup> Cfr. D. Plácido, *Grecia clásica*, cit., pp. 406-410.

<sup>9</sup> Epaminondas descubrió que el ejército espartano siempre se dirigía contra el centro del ejército enemigo, por lo que se aventuró a desproteger su centro a fin de reforzar las alas y atacar por los flancos. La táctica le dio resultado y cosechó victoria tras victoria.

Segunda Confederación, firmó tratados de amistad con peloponesios, orcomenios, focidios, etolios, locros, etc., mientras que en el Peloponeso propiamente –gracias a la debilidad de Esparta- nació una Confederación Arcadia con capital en Megalópolis y de tendencia democrática y antiespartana<sup>10</sup>. Mesenia fue liberada del yugo espartano y los ilotas establecieron su capital, Mesene, en el monte Itome.

Atenas y Esparta firmaron la paz en el 371 a.C. y aceptaron “relajar” las ligas que formaban con otras ciudades. Tebas se negó a proceder de igual modo con la Liga Beocia y le costó varias guerras con Esparta de las que siempre salió airosa. Atenas, que odiaba más a los tebanos que a los espartanos, se alió con éstos en el 369, pero de nada sirvió ante el ejército de EPAMINONDAS. En el 362 a.C. murió el general tebano en la batalla de Mantinea, y en sus últimos momentos recomendó sin éxito a los suyos que firmaran la paz; había logrado que Mesene y Megalópolis se erigieran en freno de la expansión de Esparta, pero su ejército no subsistió con igual poderío y prestigio tras su muerte<sup>11</sup>. Ni espartanos ni atenienses pudieron recuperar su anterior fuerza, y tanto unos como otros vieron recuperar a sus aliados la independencia política.

Los años de enfrentamiento dejaron a los griegos agotados y desunidos, y con crisis internas en cada polis. Esparta relajó sus costumbres de austeridad a causa de las riquezas logradas en las campañas bélicas, en particular las familias más destacadas, que con el tradicional principio de igualdad debilitado, trataron de acaparar propiedades y el poder. Los periecos intentaron tímidamente recuperar su independencia, pero fracasaron. Y en ese mar revuelto fueron los éforos los que salieron más beneficiados en el ejercicio del poder, pues comenzaron a tomar parte en todas las decisiones de gobierno. Tebas, por su parte, derivó desde su tradicional aristocracia hacia un gobierno más democrático gracias al empeño de PELÓPIDAS y EPAMINONDAS, que distribuyeron la representación en los órganos de gobierno según la importancia de cada polis beocia. Atenas continuó con su democracia moderada, aunque se realizaron reformas que debilitaron el poder de las grandes familias y creó un nuevo Consejo de quinientos *nomothetes*, encargado de controlar la constitucionalidad de las leyes<sup>12</sup>.

## 2. La irrupción de Macedonia en el panorama político

En el 359 a.C. surgió la figura de FILIPO como regente de Macedonia por la minoría de edad del rey<sup>13</sup>. Macedonia, limítrofe con los territorios de las poleis griegas, apenas había tenido influencia en los acontecimientos históricos, pues hasta el momento había estado formada principalmente por aldeas muy diseminadas de campesinos, cada una con su señor y cierta independencia del monarca. FILIPO supo inspirar un espíritu de unión entre ellos y, con un fuerte ejército, inició entre los años 358-356 acciones exitosas que le facilitaron en el 356 sustituir su título de regente por el de rey<sup>14</sup>.

<sup>10</sup> Cfr. D. Plácido, *Grecia clásica*, cit., pp. 412-423.

<sup>11</sup> Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 367-368.

<sup>12</sup> Cfr. P. Petit, op. cit., pp. 143-157. Sobre los políticos más importantes de Atenas destaca este autor a Calístrato (390-360), que formalizó la alianza con Esparta, Eubolos (355-346), que logró recuperar la economía ateniense, y Demóstenes (343-338).

<sup>13</sup> Muerto el rey Pérdicas III –hermano de Filipo- debía sucederle su hijo Amintas, pero dada su minoría de edad nadie puso objeción a la regencia de Filipo hasta que su sobrino alcanzase la madurez precisa para ser rey.

<sup>14</sup> El poder y prestigio facilitaron enormemente este autonombramiento. Afirmo Pomeroy que “aunque algunas teorías vigentes hasta hace poco afirmaban que sus poderes [del rey] se hallaban limitados por una asamblea del ejército que

Cuando apenas contaba catorce años había sido conducido a Tebas como rehén para neutralizar los intentos del rey macedonio, su hermano ALEJANDRO II, por controlar la vecina Tesalia, de gran interés para unos y otros. Los dos años que permaneció en esta polis le sirvieron para aprender el modo de vida de los griegos y, sobre todo, para aprender estrategia militar de la potencia más destacada de su entorno. La muerte de sus hermanos –ALEJANDRO II y PÉRDICAS III- le dejó en el año 360 a.C. expedito el camino al trono, con un pequeño obstáculo –su sobrino- que eludiría en poco más de dos años. La diplomacia con unos y la fuerza con otros le permitió pacificar todo el territorio y ejecutar proyectos que le elevarían a la cima de la popularidad: anexión de territorios ricos en minerales –incluidas las minas que explotaba Atenas-, drenajes de pantanos –que favorecieron considerablemente los cultivos-, fundación de nuevas colonias, etc. Pero sobre todo, supo ganarse la confianza de las familias macedonias más nobles y de los ilustres extranjeros que se habían refugiado en su corte al ser perseguidos por los griegos<sup>15</sup>. FILIPO supo consolidar una monarquía personal: no era rey de Macedonia, sino “rey de los macedonios”. Tomaba las decisiones junto a los representantes de las familias más poderosas, a los que llamaba “compañeros” (hetairoi) y que le estaban unidos por un vínculo de lealtad personal<sup>16</sup>.

Los problemas en la Grecia central le facilitaron el acceso a toda la Hélade. Primero fue Tesalia la que le pidió ayuda en su enfrentamiento con Fócide; después sería Tebas la que lo haría en la Tercera Guerra Sagrada –también contra focenses-<sup>17</sup>; como resultado, Macedonia se hizo en el año 346 con los dos votos que hasta entonces había tenido Fócide en el Consejo de la Anficiónía Déléfica. Las relaciones con las demás poleis, sin embargo, no eran amistosas. Atenas, por ejemplo, le había declarado la guerra por haberle privado de sus posesiones en la Calcídica y por el ataque a sus aliados (Olinto, había sido arrasada por FILIPO y esclavizados sus ciudadanos)<sup>18</sup>.

La situación no favorecía su sueño político de formar una liga panhelénica de todos los griegos para conquistar Persia. Entre sus adversarios destacaba DEMÓSTENES, que, arengando a los atenienses contra FILIPO EL BÁRBARO –así lo llamaba en sus discursos *Olintíacos* y *Filípicas*-, se oponía a sus planes argumentando que lo más sagrado de Atenas era su democracia y su libertad, y éstas serían aniquiladas si el tirano macedonio se hacía con el poder<sup>19</sup>. Sin embargo, la supremacía macedonia forzó a

---

tenía derecho a elegir al monarca y a juzgar los casos de traición, en la actualidad está claro que esas hipótesis carecen de fundamento. Es posible que el ejército aclamara al nuevo rey y que asistiera como testigo a los juicios de los nobles, pero el monarca y sus consejeros eran siempre los que tomaban la decisión final”. Cfr. op. cit., p. 401.

<sup>15</sup> Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 404-407. La fidelidad de las familias más poderosas la consiguió admitiendo a sus vástagos como pajes en la corte, donde se les daría una educación más elevada y se les prepararía para los puestos de oficiales; al mismo tiempo servían de rehenes para que sus familias no causaran problemas.

<sup>16</sup> Cfr. P. Petit, op. cit., pp. 149-150.

<sup>17</sup> Fócide, que tras la batalla de Leuctra había quedado sometida a la vecina Tebas, decidió en el 357 robar el tesoro de Apolo en Delfos para contratar un ejército de mercenarios y recuperar su libertad. Tebas no conseguía doblegarla y recurrió a Filipo, que además de utilizar la fuerza militar, negoció con los focenses su rendición: su descomposición en las aldeas originarias, la devolución del tesoro y la pérdida de sus votos en la Anficiónía en favor de Macedonia. De no haberse rendido, los focenses hubieran sido ejecutados en su totalidad por el sacrilegio cometido.

<sup>18</sup> Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 408-410.

<sup>19</sup> Demóstenes pronunció su primera *Filípica* el año 350, en la que atacó los planes del monarca macedonio. Tenía una idea fija acerca de la supremacía de la polis como tal sobre la hipotética unión de Grecia, radicalmente contraria a la pretensión de Filipo. Platón, en plena madurez y próximo a su muerte (año 347), se mantuvo completamente al margen de estas disputas. Demóstenes, sin embargo, volvió a la carga años más tarde (344 y 341), pronunciando nuevas *Filípicas*. Aristóteles, que abandonó Atenas tras la muerte de Platón, aceptaría años más tarde convertirse en preceptor del hijo de Filipo y otros nobles macedonios.

Atenas a firmar en el 346 la *Paz de Filócrates*, por la que renunciaba definitivamente a Anfípolis y se ponía al servicio de FILIPO con todas las poleis que formaban la Segunda Confederación Ateniense. A esta decisión de los atenienses había contribuido, sin duda, la campaña realizada por los partidarios de FILIPO, entre los que destacaron el estratego FOCIÓN y el orador ESQUINES.

Poco más tarde Atenas volvió, instigada por DEMÓSTENES, a la animadversión contra FILIPO: FILÓCRATES fue desterrado, ESQUINES fue acusado de soborno –aunque resultó absuelto–, se reclamó la devolución de Anfípolis y se rechazó la renovación del acuerdo de paz existente. El hecho de que el rey macedonio se encontrara en territorio focense con gran parte de su ejército sirvió a los atenienses para convencer a tebanos, beocios y a una parte de corintios, mesenios y megarenses de la necesidad de combatir. Todos fueron derrotados en el 338, en la batalla de Queronea, con grandes pérdidas para las ciudades griegas. DEMÓSTENES consiguió salvarse y llegar de vuelta a Atenas, pero fue invitado por los atenienses a retirarse a una isla para evitar mayores represalias de los macedonios. Los tebanos fueron duramente castigados por no haber atendido la embajada de FILIPO –que les había ofrecido la alianza contra el persa– y durante varios días les fue prohibido dar sepultura a sus muertos, una de las mayores ignominias de la época; los líderes políticos fueron ejecutados, tuvieron que pagar un alto rescate por los prisioneros y admitir una guarnición macedonia en la Cadmea, la acrópolis de Tebas. Los atenienses se avinieron a las condiciones impuestas por FILIPO y aceptaron formar la Liga panhelénica y declararse amigos de Macedonia<sup>20</sup>. Esta situación permitió al rey formar en el año 337 la Liga de Corinto o Liga de los Griegos –como la llamaba el rey–, cuyo único objetivo sería combatir a los persas por las afrentas recibidas en el pasado. La excepción fue Esparta, que al igual que había rechazado participar en la batalla de Queronea, tampoco ahora quiso firmar la alianza con el macedonio. Este nuevo *statu quo* constituyó una muestra clara de que la organización social fundamentada en la polis estaba tocando a su fin, surgiendo en su lugar una organización más extensa y con implicaciones políticas internas y externas al propio territorio<sup>21</sup>.

### 3. El imperialismo de Alejandro

A pesar de los éxitos, FILIPO fue consciente desde un principio de que nunca sería aceptado como líder de los griegos. Por ello trató de formar a su hijo ALEJANDRO como un auténtico griego y evitarle así el cartel de “bárbaro” macedonio<sup>22</sup>. Lo puso bajo

<sup>20</sup> Alejandro y Antípatro escoltaron hasta Atenas a los atenienses caídos en la batalla, y recibieron con honor la ciudadanía ateniense. De este modo se abría la puerta que Filipo tanto deseaba abrir, la que daba acceso al Ática y al Peloponeso. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 412-415.

<sup>21</sup> Afirma D. Plácido que “la crisis del siglo IV no fue sólo la crisis de la democracia, sino también de la ciudad como cuerpo de ciudadanos libres capaces de cultivar la tierra cívica y defenderla frente a los enemigos, al tiempo que también amplía si es necesario el terreno cultivable. Las luchas por la hegemonía en el siglo IV fueron el momento transicional hacia formas nuevas de dominio que pretendían instalarse sobre entidades más amplias para permitir en el interior la existencia de formas de convivencia como la que se había dado, tal vez excepcionalmente, en la democracia ateniense. Ahora bien, las nuevas formas de dominio provocan el efecto contrario, consistente en que el aumento de poder de determinados sectores pretende ejercerse tanto hacia el exterior como hacia el interior, imponiéndose sobre poblaciones hasta ahora libres”. *Grecia clásica*, cit., p. 437.

<sup>22</sup> Aulo Gelio presenta a Filipo como una persona culta, que supo compatibilizar la guerra con las artes: “3. Incluso circulan libros de sus cartas llenas de refinamiento, encanto y sabiduría, como es aquella en la que comunica al filósofo Aristóteles que acaba de nacer su hijo Alejandro. 4. Esta carta, puesto que constituye una exhortación al cuidado y diligencia en la educación de los hijos, me ha parecido oportuno transcribirla para que sirva de ejemplo a los padres. 5. Así pues, voy a reproducirla más o menos en sus justos términos: ‘Filipo saluda a Aristóteles. Quiero que sepas que acabo de tener un hijo. Doy gracias a los dioses por ello, no ya porque haya nacido, sino porque su

la tutela de ARISTÓTELES durante tres años en Míaza y fomentó la amistad con su sobrino CALÍSTENES<sup>23</sup>. Es significativo un pasaje de PLUTARCO sobre el afecto del joven macedonio hacia a su maestro y su paulatino alejamiento: “Al principio admiraba a ARISTÓTELES y le tenía, según decía él mismo, no menos amor que a su padre, pues si de uno había recibido el vivir, del otro el vivir bien; pero al cabo del tiempo le miró con alguna sospecha, no hasta el punto de ofenderle en nada, sino que el no tener ya sus obsequios el calor y la viveza que antes, daba muestra de aquella indisposición. Sin embargo, el amor y deseo de la filosofía que aquél le infundió ya no se borró nunca de su alma, como lo atestiguan el honor que dispensó a ANAXARCO, los cincuenta talentos enviados a XENÓCRATES y el amparo que en él hallaron DANDAMIS y CALANO”<sup>24</sup>.

Meses más tarde de la creación de la Liga, el rey FILIPO declaró la guerra a los persas, pero no la pudo comenzar. Fue asesinado por alguna causa no bien aclarada, aunque pudo estar motivada por una cuestión de celos. El rey, siguiendo las costumbres poligámicas macedonias, había contraído un nuevo matrimonio –el séptimo- con la sobrina de uno de sus generales, ÁTALO. OLIMPIA, madre de ALEJANDRO y cuarta esposa de FILIPO, consideró un agravio excesivo tanto el haber sido repudiada como ciertas palabras pronunciadas en el banquete que podían implicar la pérdida de la condición de heredero al trono de su hijo en favor de un nuevo vástago<sup>25</sup>. Madre e hijo huyeron y se refugiaron en Epiro, donde reinaba el hermano de OLIMPIA, llamado también ALEJANDRO. Con el paso del tiempo nació una niña –no apta para la sucesión- del último matrimonio de FILIPO, por lo que las tensiones con su hijo se relajaron y pudo volver a la corte. Al cabo de los meses, el rey decidió casar a su hija CLEOPATRA con ALEJANDRO DE EPIRO para evitar que OLIMPIA –que permanecía en el exilio- causara un enfrentamiento entre ambos reyes con sus intrigas. El día de la boda, a la que asistía ALEJANDRO MAGNO –perdonado por su padre-, fue asesinado el rey en presencia de todos los invitados por uno de sus guardias de corps<sup>26</sup>.

ALEJANDRO, con veinte años y la ayuda de ANTÍPATRO –fiel general que le apoyó desde un principio-, asumió la autoridad real inmediatamente. Los primeros pasos fueron encaminados a la reafirmación tanto de la Liga panhelénica como de su autoridad sobre los bárbaros del Norte (tracios e ilirios), que habían sido sometidos y ahora

---

nacimiento coincide con los momentos en que tú vives. Confío, pues, que será educado y formado por ti y se mostrará digno de nosotros y de asumir empresas como éstas”. Op. cit, L. IX, cap. III, nn. 3-5.

<sup>23</sup> Sobrino y discípulo de Aristóteles, acompañó a Alejandro durante diez años de la expedición contra los persas, redactando la *Historia de la expedición de Alejandro*. Al principio fue un ferviente admirador, pero a medida que Alejandro fue abandonando las ideas griegas de democracia y libertad, para convertirse a las costumbres persas y crearse un semidiós, le fue perdiendo afecto y respeto. En varias ocasiones mantuvo acaloradas discusiones públicas con el rey y se le atribuyó la responsabilidad de uno de los atentados contra Alejandro por considerarlo un tirano. Aunque no está clara su muerte, sí se sabe a ciencia cierta que fue detenido y murió ajusticiado o de muerte natural mientras esperaba juicio en prisión.

<sup>24</sup> Plutarco, *Vidas de Alejandro (y Cesar)*, VIII.

<sup>25</sup> Cuenta Plutarco que avanzada la celebración y consumido una buena cantidad de vino, el general Átalo propuso un brindis por los esposos para que los dioses les dieran un heredero al trono. Alejandro le espetó, lanzándole una copa de vino, si con ello quería llamarle bastardo a él. Filipo salió en defensa de Átalo, pero debido a la ingesta de vino tropezó y cayó con la espada en mano. Su hijo se mofó de él con un comentario acerca del deseo que tenía de conquistar Persia y ni siquiera era capaz de mantenerse en pie.

<sup>26</sup> Aunque han sido diversos los motivos barajados, implicando incluso al propio Alejandro Magno, parece que fue debido en realidad a una cuestión de celos y despecho. Pausanias, que había contado con los favores personales del rey, se vio relegado a un segundo puesto por entrar en escena un joven primo de la nueva esposa de Filipo; Pausanias propaló algunas calumnias contra el joven y su tío, el general Átalo, permitió que fuera violado por sus esclavos. Pausanias acudió al rey para que reparara la afrenta, pero éste no quiso enfrentarse con el general y trató de calmarle elevándolo a la guardia de corps. El resultado fue fatal. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 417-419.

amenazaban con insurrecciones. Ante las ciudades griegas tan sólo hizo una demostración de poder, pues no quería sojuzgarlas por la fuerza, sino ganarlas como aliadas. Siguiendo los pasos de su padre, trató de no aparecer como un tirano, sino como el guía de la Liga, prometió respetar sus ordenamientos políticos y jurídicos a cambio de mantener la alianza<sup>27</sup>. DEMÓSTENES, sin embargo, aprovechó las circunstancias para regresar a Atenas y convencer a los atenienses de que el nuevo rey era un simple bárbaro como su padre, incapaz de sostenerse por sí mismo en el trono de Macedonia.

Tebas, que deseaba recuperar su libertad, prestó oídos a unos rumores sobre la muerte del rey en la campaña contra los bárbaros del Norte e inició la insurrección; los atenienses –a instancias de DEMÓSTENES- la ayudaron económicamente y con armas. A las dos semanas los tebanos pudieron comprobar que el rey no había muerto, y que se encontraba a las puertas de la ciudad con su ejército. ALEJANDRO ofreció un tratado de paz para salvaguardar la unión de los griegos contra los persas, pero la negativa de Tebas desencadenó una batalla sangrienta (335 a.C.) que finalizó con la ciudad completamente arrasada y sus habitantes vendidos como esclavos. Atenas tomó nota de la lección. ALEJANDRO reclamó la entrega de DEMÓSTENES y LICURGO, instigadores de la sublevación de Tebas, pero un discurso del primero consiguió que la Asamblea ateniense denegara la petición. A cambio le ofrecían al rey una fidelidad incondicional a la Liga, sabedores de que su nueva flota sería imprescindible para la conquista de Asia.

En el 334 comenzó la incursión en los dominios persas. La primera batalla contra el ejército persa tuvo lugar en el río Gránico (Frigia) y constituyó un rotundo éxito; casi aniquiló a la caballería –con sus generales- y al ejército de mercenarios griegos que defendían las ciudades helenizadas de Asia dominadas por los persas. El éxito y el valor demostrado durante la encarnizada batalla facilitaron la rendición de otras ciudades sin necesidad de lucha, entre las que se encontraban Sardes y Éfeso. En todas ellas reinstauró la democracia y respetó íntegramente sus leyes<sup>28</sup>.

Someter Mileto y Halicarnaso fue más costoso. Al contar con el apoyo de la flota persa, Mileto se negó a abrir sus puertas. La retirada de ese apoyo naval facilitó su conquista y, a pesar de la oposición encontrada, ALEJANDRO respetó sus leyes y su sistema político a cambio de tributos. Muchos jóvenes de la aristocracia milesia, deslumbrados por las hazañas del macedonio y por su generosidad, se unieron a su ejército. Sin embargo Halicarnaso, última ciudad griega que quedaba por reconquistar, resistió durante meses e infligió notables pérdidas al ejército macedonio. Cuando cayó en su poder destruyó sus murallas, pero otorgó el mismo trato que a las anteriores. Todas estas victorias le reportaron un aura de divinidad entre sus seguidores y entre sus enemigos<sup>29</sup>.

<sup>27</sup> Sobre el poder de Alejandro sobre la Liga, cfr. D. Plácido, *Grecia clásica*, cit., pp. 453-458.

<sup>28</sup> Afirma D. Plácido que Alejandro podía aparecer a simple vista como el defensor de la democracia; pero no siempre fue así. Alejandro no fue visto por todas las ciudades como su liberador; algunas lo consideraban tan bárbaro como a los persas. Ésta fue la razón de que al liberar cada una de las ciudades griegas de la costa asiática se estableciera simplemente “una relación de carácter personal [entre Alejandro y la ciudad] que no contemplaba para nada los términos del tratado de Corinto. Era su dueño y señor absoluto como vencedor y obraba de esta forma en consonancia con el fervor o la hostilidad que le habían demostrado”. *Grecia clásica*, cit., p. 461.

<sup>29</sup> Para no desaprovechar las ventajas que le pudiera reportar tal consideración, como podía ser la confianza sin límites de su ejército y el temor de los adversarios, se hizo representar con un rayo en la mano, símbolo del poder de Zeus. Más tarde se le representaría también con cuernos de carnero, como estaba representado Zeus Amón en su templo de Menfis, capital de Egipto. Se encargó de inmortalizarlo Apeles, el pintor más grande de la Antigüedad. Sobre toda la primera parte de la campaña asiática, cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 427-431.

Una vez liberada la parte griega de Asia, decidió dirigirse a Gordio<sup>30</sup> y en el 333 se enfrentó a DARÍO III de Persia<sup>31</sup>, nuevo Rey de reyes. Los soldados de éste habían llegado inesperadamente a la retaguardia del ejército de ALEJANDRO, masacrando a heridos y convalecientes. La noticia enfureció tanto a ALEJANDRO que dio la vuelta con su ejército y presentó batalla en Issos por sorpresa al descomunal ejército persa. Causó grandes estragos y DARÍO tuvo que huir<sup>32</sup>. Tras esta victoria, se encaminó a Sidón, que se sometió inmediatamente. La abierta y sólida mentalidad política de ALEJANDRO quedó de manifiesto al no imponerle el sistema democrático –ajeno a su cultura-, sino que restableció la monarquía previa a la ocupación persa.

Tiro y Gaza presentaron fuerte resistencia. La ciudad fenicia de Tiro pensó que su insularidad y sus murallas aparentemente inexpugnables harían pasar de largo al rey, pero no fue así. Estaba en juego su prestigio como nuevo soberano y la seguridad de su retaguardia. Tras un año de continuos fracasos, tendió un espigón hasta la isla para facilitar el acceso de la infantería apoyada por máquinas de guerra flotantes. Su embajada de paz había sido crucificada por los habitantes de Tiro; cuando tomó la ciudad fueron crucificados más de dos mil ciudadanos y arrasadas sus defensas. Por su parte, Gaza –último escollo para llegar a Egipto- se mantuvo fiel al rey persa y opuso una feroz resistencia; consiguió herir gravemente a ALEJANDRO, pero al final sucumbió al poder arrollador del ejército invasor.

En el 332 fue aceptado como rey de Egipto sin necesidad de lucha; bastó con respetar las tradiciones y costumbres de los egipcios una vez tomada Menfis, donde odiaban a los persas por los agravios sufridos. La buena acogida le animó a dirigirse al oasis de Siwa –en el desierto libio- para consultar al oráculo de ZEUS AMÓN. Aprovechó el hecho de que el sacerdote del templo se dirigiera a él como “hijo de AMÓN”, como era costumbre en aquella época cuando se dirigía al soberano, para manifestar que el dios le había revelado su origen divino y que era hijo del propio ZEUS. A su regreso a Menfis, fundó a orillas del Nilo la primera ciudad que llevó su nombre: Alejandría<sup>33</sup>.

Consciente de que el Imperio persa era demasiado extenso como para tomar ciudad por ciudad, decidió que lo más beneficioso sería jugárselo todo a una carta: permitir a DARÍO III que formara su ejército definitivo y derrotarlo de una vez. Esto ocurrió en el 331 en Gaugamela, con un ejército persa diez veces más numeroso que el suyo. A pesar de las graves pérdidas, la victoria sonrió al macedonio, aunque DARÍO consiguió huir y refugiarse en una de sus capitales. ALEJANDRO confirmó como sátrapas en las ciudades conquistadas a todos los que ya lo habían sido con DARÍO. De este modo evitaba tener que pacificar las ciudades, pues el pueblo se sentía gobernado por las mismas autoridades a pesar del cambio del recaudador de tributos y de los jefes militares, que pasaban a ser macedonios<sup>34</sup>.

<sup>30</sup> En Gordio se proponía deshacer el “nudo gordiano”, que sujetaba el yugo del carro del rey Midas. Hasta ese momento nadie lo había logrado, pero los rumores de que Alejandro era un nuevo héroe, sucesor de Aquiles, levantó serias expectativas de éxito. Cuando lo intentó, viendo que no podía, para no defraudar a sus seguidores, lo cortó con su espada y manifestó que así debía hacerse.

<sup>31</sup> Darío III Codomano, nieto de Artajerjes III e hijo de Arsetes, a quien Filipo había declarado la guerra.

<sup>32</sup> Poco faltó para hacer prisionero al propio Darío, que optó por huir en el último momento. Sin embargo fueron apresadas su madre, su esposa –que estaba embarazada- y sus dos hijas. Alejandro quiso que se les diera trato real, pues no deseaba destruir la realeza persa, sino obtener para sí tal reconocimiento una vez sometidos todos los territorios; no quería hacerlas esclavas, sino partícipes de su poder y erigirse en el verdadero soberano de Persia.

<sup>33</sup> Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 434-436.

<sup>34</sup> Durante estos años Esparta, única ciudad griega no unida a la Liga, había ido fortaleciéndose con intención de



El paso siguiente sería tomar Babilonia, Susa, Ecbatana, Pasagarda y Persépolis, las cinco capitales persas. Babilonia le abrió sus puertas nada más verle llegar y allí pasó una larga temporada para que su ejército se repusiera de la batalla de Gaugamela. Poco más tarde fue Susa la que se entregó sin oponer resistencia. Ocupar Persépolis no entrañó problema, pero sí llegar hasta ella. Durante el viaje perdió un elevado número de soldados, pero salió airoso de todas las contiendas. Al llegar, permitió que sus soldados saquearan la ciudad contra el parecer de sus viejos generales<sup>35</sup>. Durante los meses que permanecieron en Persépolis, sus generales más jóvenes –amigos de la infancia– gastaron el botín de guerra en lujos mientras ALEJANDRO reorganizaba la administración de su nuevo imperio. La vida disoluta y regalada de sus generales precipitó la decisión de iniciar la marcha hacia Ecbatana. Antes de partir, ordenó la destrucción del palacio imperial de Persépolis y el traslado de su tesoro<sup>36</sup>, e inició el camino hacia Pasagarda, tomada pacíficamente, donde le comunicaron el levantamiento y derrota de Esparta. Para evitar más sorpresas, decidió licenciar a los aliados griegos: nadie mejor que ellos podían extender su fama y prestigio a lo largo de toda Grecia, evitando una nueva sublevación contra Macedonia<sup>37</sup>.

Reanudó la persecución de DARÍO, huido con algunas tropas y oro suficiente para conseguir refuerzos militares. ALEJANDRO aceleró el paso hasta Ecbatana. Al llegar comprobó que DARÍO había partido pocos días antes. Sin tiempo para descansar reanudó la persecución y lo encontró –al cabo de unos días– herido de muerte por sus propios sátrapas. Sus continuas huidas habían desmoralizado a las tropas persas y originado la desertión de gran parte de su ejército; uno de sus sátrapas, BESO, herido por el deshonor de las continuas huidas, decidió darle muerte y ocupar su lugar. Entregado más tarde por los propios persas –rodeados por las tropas macedonias– fue ajusticiado junto a los sátrapas rebeldes<sup>38</sup>; los que se sometieron a ALEJANDRO, fueron confirmados en sus puestos de gobierno.

ALEJANDRO tuvo el camino expedito para dominar todo el imperio creado por CIRO, rebasando incluso sus límites y sometiendo a los escitas, pueblo que ni siquiera DARÍO EL GRANDE había conseguido dominar. Se casó con ROXANA, princesa sogdiana, y adoptó costumbres de su nuevo pueblo: situó a los persas a la altura de griegos y

---

levantarse contra los macedonios; lo hizo en el 331 y fue aplastada por Antípatro, el fiel general macedonio que Alejandro había dejado como regente durante su ausencia.

<sup>35</sup> Unos afirman que permitió el saqueo porque en ella encontró un grupo de griegos esclavizados, salvajemente mutilados para evitar su huida. Otros defienden que la decisión de saquear y destruir Persépolis tenía como objetivo infligir el más duro golpe al imperio persa, la destrucción de su mejor y más emblemática ciudad en venganza por lo que años antes habían hecho los persas con Atenas. Otros afirman que tal acción tenía el significado de declarar el fin de la hegemonía del reino persa, pues en Persépolis se habían celebrado hasta ese momento los eventos de mayor trascendencia del imperio persa. Esto ocurría en el año 330.

<sup>36</sup> El tesoro era de tal magnitud que necesitaron más de 30.000 animales de carga para su traslado. Quería evitar las tentaciones de la nobleza persa de hacerse con él para reclutar un nuevo ejército de mercenarios. Envío a Atenas unas piezas impresionantes del tesoro y especificaba que constituían un regalo de los macedonios y de todos los griegos a excepción de los espartanos; con ello pretendía contentar a los atenienses y herir el orgullo de los espartanos.

<sup>37</sup> Muchos de estos griegos, que hasta ahora habían combatido como aliados, enardecidos por los triunfos de Alejandro decidieron quedarse como mercenarios, única posibilidad que les ofreció el rey. A los que decidieron regresar les entregó una cantidad de dinero muy elevada, para que pudieran vivir varias generaciones de sus familias. Con ellos y con las familias de los soldados caídos se portó el rey magnánimamente.

<sup>38</sup> Los primeros en linchar a Beso fueron los persas que se habían mantenido fieles a su rey y que, tras la derrota, habían decidido seguir a Alejandro; le cortaron la nariz y las orejas, y sólo la intervención de los militares macedonios impidió que le dieran muerte; acusado de crimen de lesa majestad, fue ajusticiado según la costumbre: ataron dos árboles por sus copas después de haber sido tumbados, ataron una pierna y un brazo de Beso a cada árbol y después soltaron los árboles; el cuerpo quedó dividido por la mitad.

macedonios, comenzó a vestir como los persas, a exigir la prosternación propia de los orientales y fomentó los comentarios difundidos por su madre sobre su origen divino<sup>39</sup>. Se trataba de una simple campaña propagandística con objeto de contrarrestar los acontecimientos negativos y aprovechar las circunstancias para ponerlas a su favor; es posible que ALEJANDRO entendiera claramente que si no ponía de su parte a los autóctonos y aprovechaba la administración persa, nunca podría dominar pacíficamente los territorios que había conquistado y los que tenía en mente conquistar. Por ello dio un trato de favor a los hijos de la nobleza irania, incorporándolos a la caballería macedonia y a su guardia personal<sup>40</sup>.

Sus decisiones originaron desencanto entre sus soldados; algunos de sus oficiales fraguaron un plan para terminar con su vida, pero el intento de regicidio fue descubierto y los conjurados ajusticiados junto a otras personas influyentes en el ejército<sup>41</sup>. Pocos meses más tarde asesinó a CLITO EL NEGRO –veterano general que le había salvado la vida en la batalla del Gránico- por reprocharle públicamente su “orientalización” y por haberse afeminado con las costumbres persas (ropas, eunucos, perfumes,...), imponiendo a sus hombres los rituales orientales<sup>42</sup>. El suceso le conmocionó, según PLUTARCO; en un primer momento se derrumbó emocionalmente y nadie conseguía hacerlo salir de su tienda, ni que tomara alimentos. CALÍSTENES también lo intentó, pero fracasó. “Pero ANAXARCO, que desde luego había tomado un camino en la filosofía enteramente propio, mirando con cierta altivez y desdén a los de su profesión, entró gritando sin otro preludio: ‘¿Éste es aquel ALEJANDRO en quien el orbe tiene ahora fija la vista, y se está tendido haciendo exclamaciones como un miserable esclavo, temiendo la ley y la represión de los hombres, para quienes correspondía que él fuese la ley y norma de lo justo, si es que venció para imperar y dominar, y no para servir dominado de una opinión vana? ¿No sabes que ZEUS tiene por asesores a la Justicia y a Temis, para que todo cuanto es ejecutado por el que manda sea legítimo y justo?’ Empleando ANAXARCO éstos y otros semejantes discursos aligeró el pesar del rey, pero pervirtió en muchas cosas su moral, haciéndole más fofo y desmandado; y al paso que él se ganó maravillosamente su ánimo, desquició el valimiento y trato de CALÍSTENES, que ya no era muy agradable por la sinceridad de sus principios”<sup>43</sup>.

<sup>39</sup> En ocasiones llegó a comportarse públicamente como si fuera en verdad hijo de Zeus, logrando un efecto de temor entre sus enemigos y el sometimiento sin lucha; pero también consiguió la animadversión de muchos de sus soldados macedonios y griegos, así como la desaprobación de personas cultas como Calístenes y Aristóteles.

<sup>40</sup> Cfr. D. Plácido, *Grecia clásica*, cit., pp. 466-475.

<sup>41</sup> Además de los oficiales, fueron también ajusticiados el comandante en jefe de la caballería macedonia, llamado Filotas, del que sospechaba que había tenido conocimiento y no le había advertido, y su padre, Parmenión, que era el general de mayor prestigio y lealtad, pero del que dudaba de su posible reacción cuando conociera la ejecución de su hijo. También ejecutó a un prisionero de alto rango –para unos su primo Amintas IV (el que debería haber sido rey), para otros Alejandro de Lincestis (yerno de Antípatro)- que llevaba tiempo bajo sospecha de haber participado en un complot de Darío para asesinarlo y ocupar su lugar. Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 441-444.

<sup>42</sup> El hecho sucedió tras una acalorada discusión entre ambos durante una fiesta. Un poeta había recitado unos versos ofensivos hacia los soldados macedonios y fue reprobado por Clito; Alejandro, protegiendo al poeta, inició una acalorada discusión con el general, que llegó a espetarle al rey que la gloria que le rodeaba se la debía a la sangre de sus soldados y no a méritos propios. Alejandro fuera de sí arrebató una lanza a uno de los soldados y atravesó a Clito con ella, arrepintiéndose inmediatamente de lo que había hecho. Cfr. Plutarco, *Vida de Alejandro (y de César)*, L-LI.

<sup>43</sup> Plutarco, *Vida de Alejandro (y César)*, LII. Siempre estuvo rodeado de filósofos, aunque no todos pudieron ejercer influencia en sus proyectos. Éste fue el caso de Onesícrito (c.375-300), discípulo del cínico Diógenes de Sínope, que acompañó a Alejandro como piloto de la nave real durante una travesía de cinco meses por el mar de la India en el año 325. Mucho se ha especulado sobre su posible influencia, pero nada se ha podido aportar en claro. No nos han llegado sus escritos acerca de Alejandro salvo por alguna referencia indirecta.

Hubo un segundo complot para terminar con su vida, pero también fue descubierto. Una implicación indirecta de CALÍSTENES, acusado de embaucar a jóvenes oficiales con sus ideas de democracia y libertad, hizo que el historiador fuera detenido junto a los fracasados regicidas; incluso bajo tormento negaron éstos la implicación del sobrino de ARISTÓTELES. En el fondo latía el resquemor de ALEJANDRO contra CALÍSTENES por haberse negado a postrarse ante él delante de soldados y servidores<sup>44</sup>.

El afán por unir su pueblo y el conquistado –a fin de evitar las disensiones internas– hizo que contrajera nuevo matrimonio con BARSINES, hija de DARÍO III, y que sus generales y mandos militares contrajeran matrimonio con las mujeres más señaladas de la nobleza persa; no quería una fusión de pueblos, sino una unión que evitara enfrentamientos, pues sólo se produjeron uniones entre varones macedonios y mujeres de la nobleza persa, pero no entre persas y nobles macedonias<sup>45</sup>. Con este firme objetivo de lograr mayor unidad se dispuso para una nueva expedición militar sobre Arabia, pero una enfermedad le llevaría a la muerte. Era el año 323 y contaba con 32 años. Con la desaparición de ALEJANDRO, comenzó la disgregación del imperio.

La figura de ALEJANDRO fue singular, entre el heroísmo, lo mítico y lo divino<sup>46</sup>. Desde joven sintió envidia de su padre, del que pensaba que con sus triunfos y victorias no le dejaría territorios que conquistar. Su educación griega le hizo en un principio admirar las formas de gobierno de las poleis griegas, pero sus ideas cambiaron a medida que conquistaba nuevos territorios. Sólo su ejército macedonio, reunido en asamblea, podría haberle hecho rendir cuentas, pero nadie más estaba legitimado para poner en tela de juicio sus decisiones.

Fue magnánimo con los suyos e implacable con sus enemigos, y supo sacar provecho político de cuantos enemigos desearon pasar a su bando, confirmándolos en sus puestos de gobierno a cambio de su fidelidad (que reforzaba con guarniciones militares macedonias). Así pudo reunir bajo su mando no sólo lo que le había dejado su padre, sino también los territorios que hoy conocemos como Turquía, Egipto, Siria, Líbano, Israel, Jordania, Arabia Saudí, Yemen, Iraq, Irán, Afganistán, Pakistán y unas pequeñas porciones de India y China occidental. Fue un gran general y siempre prestó oídos a quien le pudiera enseñar. Admitió en su séquito a artistas, filósofos, actores y toda persona que pudiera ofrecer algo en el mundo de la cultura; durante los últimos años de campaña se le unieron los filósofos ANAXARCO DE ABDERA (sofista) y PIRRÓN DE ELIS (escéptico).

La autoridad y el poder de ALEJANDRO no se mantendrían tras su muerte, pero había conseguido convertir a Grecia y, en concreto, a Atenas en el centro cultural y artístico de todo el mundo: su literatura se erigió en modelo a seguir y su escultura representó la pureza y la fuerza<sup>47</sup>. Sin embargo, no faltan quienes consideran que

<sup>44</sup> Cfr. Plutarco, *Vida de Alejandro (y César)*, LIII-LV.

<sup>45</sup> Cfr. D. Plácido, *Grecia clásica*, cit., p. 474.

<sup>46</sup> Los escritos de Calístenes son muy importantes para conocer la vida de Alejandro, aunque también contamos con las biografías aportadas por Diodoro y Pompeyo Trogo (ambos del siglo I a.C.), si bien de éste segundo sólo nos ha llegado un resumen de Justino (siglo II d.C.); otras obras significativas son la *Historia de Alejandro* de Quinto Curcio Rufo (s. I d.C.), la *Vida de Alejandro* de Plutarco (s. II d.C.) y, sin duda la más significativa por sus fuentes, la *Anábasis de Alejandro Magno* de Flavio Arriano (ca. 95-175 d.C.), que se apoyó en los escritos de Tolomeo y Aristóbulo. El inconveniente es que todas fueron escritas muchos años después de su muerte y posiblemente recogieran leyendas y deformaciones de la realidad.

<sup>47</sup> Siglos más tarde, Plutarco tomó como ejemplo la campaña de Alejandro Magno por toda Persia para justificar el imperialismo romano en su obra *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*. Los territorios conquistados por Alejandro,

ALEJANDRO fue un devastador en realidad, que no construyó nada, sino que destruyó a un tiempo el imperio persa –y su sistema de gobierno- y la organización política de los griegos<sup>48</sup>.

#### **Lecturas recomendadas**

Gómez Espelosín, F.J., *El mundo helenístico*, en A. Domínguez Monedero y otros, *Historia del mundo clásico a través de sus textos*. Vol 1. *Grecia*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, pp. 451-484.

Plácido, D., *Grecia clásica*, en A. Domínguez Monedero y otros, *Historia del mundo clásico a través de sus textos*. Vol 1. *Grecia*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, pp. 398-451.

Pomeroy, S.B., Burstein, S.M., Donlan, W., Roberts, J.T., *La Antigua Grecia. Historia social, política y cultural*. Trad. de T. de Lozoya. Crítica, Barcelona, 2001, pp. 357-451.

#### **Obras clásicas:**

Flavio Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*. Trad. de A. Guzmán. BC Gredos, Madrid, 1982.

Demóstenes, *Discursos políticos* (3 vols.). Trad. de A. López Eire. BC Gredos, Madrid, 1980-1985.

Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*. Trad. de F. Pejenaute. BC Gredos, Madrid, 1986.

---

según Plutarco, pasaron de ser unas tierras salvajes y caóticas a constituir ciudades pacíficas y desarrolladas, en consonancia con lo que más tarde sería la Pax Romana. Los no conquistados continuaron con su salvajismo.

<sup>48</sup> Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., p. 451.